

Memoria histórica del movimiento cívico-democrático de 1944 en El Salvador: antecedentes e implicaciones culturales

Álvaro Darío Lara
e

Umbral en la memoria

La memoria histórica se ha convertido en las últimas décadas en uno de los recursos más impresionantes para dar cuenta, desde la subjetividad del yo-individual y del yo-colectivo, de los hechos y procesos históricos, particularmente de gravísimo signo dramático, que han vulnerado nuestras sociedades latinoamericanas a través del tiempo.

Ya no es posible concebir la historia como un recuento cronológico, inconexo de las dinámicas propias de los procesos; tampoco lo es la tentativa de auscultar estos procesos desde los marcos teóricos dictados por una historiografía donde lo humano, pasa sólo a convertirse en dato curioso o revelador para la crítica, la erudición, o las vanidades de la academia.

En el insoslayable hoy, la memoria histórica se yergue como un instrumento que ha de llevarnos a replantearnos el presente de cara a un futuro que debe comprometernos urgentemente en nuestra vocación por la utopía.

La mayoría de nuestros pueblos latinoamericanos viven sumergidos en proyectos antipopulares que benefician únicamente a las élites locales, en alianza con las grandes compañías transnacionales. Agentes económicos como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional endeudan a nuestros

gobiernos y pueblos, para volver más operante los designios del gran imperio del dólar.

Trabajo digno, educación, cultura, salud, construcción de la memoria histórica, no se encuentran dentro de las políticas y agendas gubernamentales, por lo menos en el caso del país que represento: El Salvador, donde la violación sistemática de los derechos humanos fundamentales y la intolerancia política ha sido un elemento inherente en su historia.

Los Acuerdos de Paz, firmados entre el gobierno salvadoreño y el frente guerrillero, FMLN, en Chapultepec, México, el 16 de enero de 1992, pusieron fin a doce años de guerra civil; sin embargo, esta oportunidad histórica de refundar la sociedad salvadoreña, fracasó al no profundizar en la búsqueda de soluciones hacia los mismos problemas que décadas anteriores nos habían precipitado a la vorágine de la conflagración nacional.

El ascenso de las derechas en El Salvador, a través de cuatro gobiernos ininterrumpidos ha consolidado el modelo neoliberal, en toda su magnitud: dolarización de la economía, pobreza, aumento de la migración, principalmente a los Estados Unidos, deterioro y abandono de las responsabilidades sociales del estado, corrupción, delincuencia generalizada, y terror social. A esto se suma, indisolublemente, una política exterior de sumisión y entrega total a los intereses del gobierno norteamericano, basta citar un ejemplo revelador: la presencia de tropas salvadoreñas en suelo iraquí, desde su invasión, por los gobiernos de los países que integraron la ya tristemente célebre coalición.

Sin embargo, pese a este panorama nada halagüeño, El Salvador ha generado en los últimos tiempos notables esfuerzos por la recuperación y construcción de su memoria histórica. Estos esfuerzos parten de personas y organismos, como la Universidad de El Salvador, a través de sus carreras de antropología e historia; el valioso acervo documental e investigativo de la universidad jesuita, Universidad Centroamericana, José Simeón Cañas; el trabajo incansable del venezolano-salvadoreño Carlos Henríquez Consalvi, ex integrante de Radio Venceremos, voz oficial del FMLN durante el conflicto, y fundador, posteriormente, del Museo de la Palabra y de la Imagen, que ha realizado un aporte de enormes alcances en la investigación, consignación, difusión y preservación de la memoria histórica salvadoreña; la Asociación

Pro-Búsqueda, dedicada a la investigación sobre el paradero de las niñas y niños desaparecidos durante los años del enfrentamiento; y otras comunidades, personas e instituciones que alimentan estos empeños por articular la memoria histórica.

El Salvador ha vivido como la mayoría de los pueblos hermanos de Latinoamérica y del Caribe, crueles dictaduras, regímenes marcados por la opresión política, social, económica y cultural. Ir a la memoria de los hechos que han estigmatizado la vida de nuestras naciones es, sin duda, un reto y una urgencia, en la necesidad de construir sociedades más justas, tolerantes, igualitarias y democráticas.

Por ello las palabras de la profesora chilena Graciela Rubio, no pueden ser mejores, en este propósito por presentarles una breve sinopsis de la memoria histórica de El Salvador, referente a los hechos de 1944: «La pedagogía de la memoria es el recurso radical contra el olvido. Ella se configura en torno a la pregunta qué nos está permitido olvidar. Esta es una pregunta sustantiva para desarrollar una ‘ciudadanía memorial’, que actúe como garante de la defensa y promoción de los derechos humanos y de la propia democracia. Una democracia desarrollada en sus capacidades de deliberación y de conversación en torno a dilemas morales, con liderazgos inclusivos y capital cívico suficiente, tiene más posibilidades de no ‘fechitizar’ el presente y abrir su historia a una dialéctica de la conmemoración crítica»¹.

Graciela Rubio continúa en esta dilucidación de la memoria histórica: «Reconociendo la coexistencia de múltiples memorias, conviene preguntarnos qué memoria debemos recuperar y validar, y para qué. En nuestras sociedades, el agenciamiento temporal de la memoria se redimensiona desde la identidad construida para validar las voces silenciadas, subvertir el discurso totalizante, y abrir espacios deliberativos inclusivos. En nuestra sociedad actual, en que el *presentismo* procura imponerse como vivencia y expresión de un *orden social natural*, legitimando las exclusiones y las ausencias de palabras centradas en lo humano; un hoy gobernado por un presentismo comunicacional, en el cual el instante de la imagen sin recuerdo ha contribuido a extender el presente hacia todos los planos, invadiendo los territorios de espera

1. Varios autores y autoras, *Memoria Histórica y Cultura de Paz. Experiencias en América Latina*. Perú: MIMDES, Imprenta Gráfica Fina EIRL, 2006, pp.21-22.

y memoria; anulando sus manifestaciones y vitalidades; terminando con ello por erradicar la espera y anquilosar la memoria, paralizando la *utopía/deseo*, y por lo tanto, haciendo emerger peligrosamente la idea de que no hay nada que esperar. Es allí, donde *La pedagogía de la memoria* se configura desde la necesidad vital de buscar la felicidad, que fundándose en una consideración humana y temporalizada de los sujetos, pueda facilitar espacios para expresar las identidades en devenir, devenir humano y justo como *memoria cultural y memoria comunicativa*»².

Antecedentes históricos

Posterior a su independencia de España, en 1821; y a la disolución de la República Federal de Centroamérica, que reunía a los ahora estados centroamericanos, en 1841, El Salvador se fue configurando, como una república, alrededor de la economía cafetalera, siendo este el eje económico que consolidó a una élite integrada por inmigrantes europeos y nacionales, que iniciaron un proceso acelerado de concentración de tierra, recursos y capital. Este modelo se apoyó, con sus variables, en un aparato político y estatal, que sirvió eficientemente a estos intereses, y que se expresó en un discurso liberal o conservador, que sólo se diferenciaba en una relativa semántica, pero que en el fondo obedecía a objetivos muy similares. El modelo político comenzó a experimentar fragilidades sobre todo hacia el final de la década de los años veinte, y los inicios de los años treinta. Algunas causas las podemos encontrar en: los abusos e incapacidades del modelo para generar mínimas condiciones de bienestar social a las mayorías populares; la organización creciente de los sectores marginales, formada por obreros, artesanos, campesinos e indígenas; el gobierno de corte laborista de Arturo Araujo, boicoteado por la oligarquía cafetalera debido a su discurso populista, y atacado por la incipiente y radical izquierda; y los efectos producidos por la crisis del capitalismo mundial, a finales de la década de los veinte. Esto provocó, el golpe de estado al presidente Araujo el 2 de diciembre de 1931, y la escalada vertiginosa del militarismo salvadoreño que tuvo como rostro más emblemático, el gobierno

2. *Ibíd.*, p.22.

dictatorial del general Maximiliano Hernández Martínez (1882-1966), que se prolongó a lo largo de 13 años.

Hernández Martínez es el responsable de la masacre de miles de salvadoreños, conocida en la memoria histórica como la matanza de 1932, ocurrida en los días del fallido levantamiento indígena, campesino y obrero del 22 de enero de ese año. En menos de una semana, Hernández Martínez había asesinado a miles de salvadoreños, en lo que se conoció, desde el ámbito del poder como «la derrota del comunismo». El impacto social, político y cultural de 1932, marcó la historia nacional, y dio origen a una alianza política entre la oligarquía cafetalera y la institución militar, que se mantuvo inalterada esencialmente, incluso después del golpe de estado que derrocó al último presidente militar salvadoreño, general Carlos Humberto Romero, el 15 de octubre de 1979. Fueron los Acuerdos de Paz, el proceso político, que finalmente, logró que el ejército abandonará el especialísimo protagonismo político que ejerció en la sociedad salvadoreña, y que fue sumamente determinante en su vergonzoso rol durante la guerra civil: violando los derechos humanos, al servicio de las fuerzas políticas gubernamentales de derecha, y de los Estados Unidos, quienes intervinieron descaradamente en el conflicto.

La dictadura de los trece años de Hernández Martínez ha sido conocida, por la memoria histórica como «el martinato», y el tirano como «el brujo», en alusión a las tendencias espiritistas y teosóficas del ex mandatario. Personaje del que la historia y mitología popular recoge las más variadas anécdotas, entre estas: sus alocuciones semanales, donde disertaba sobre los más variados temas: historia nacional, política, enfermedades y poderes sobrenaturales; la afirmación que era preferible que los niños anduvieran descalzos porque de esta manera recibían mejor los efluvios del planeta; el divulgar la idea que era un crimen mayor matar a una hormiga, porque esta no reencarnaba, al contrario del hombre que sí lo hacía; el haber forrado las lámparas del alumbrado público de San Salvador, con papel celofán, ante una peste de viruela, creyendo que de esta manera se vencía la epidemia; el beber y dar de beber a sus allegados, sus famosas «aguas azules», contenidas en depósitos que asoleaba en Casa Presidencial, y que según Hernández Martínez, poseían carácter curativo. Estos ejemplos, entre otros, sitúan a Hernández Martínez en el plano de las leyendas vivas de la tradición oral nacional, y lo perfilan en un doble plano en el imaginario de El Salvador: como un héroe que derrotó

al comunismo, y estabilizó al país con un gobierno fuerte; y el tirano que masacró miles de salvadoreños, sometiendo al país a un auténtico régimen de terror.

En apego a la historia, la dictadura de Hernández Martínez, definió políticas muy claras de organización administrativa del estado, insertando al país, en la dinámica dependiente de las economías mundiales, dotándole de un ordenamiento institucional que fue base para los futuros gobiernos militares de tendencias modernizantes y desarrollistas hacia las décadas del cincuenta y del sesenta.

La dictadura del general Martínez, como se le conoce en la tradición popular, entró en franca crisis a raíz de sus continuas manipulaciones hacia la Constitución Política de la República, y sobre todo, del escándalo que significó sus deseos por reelegirse para un cuarto período de gobierno, comprendido entre el 1º de marzo de 1944 y el 31 de diciembre de 1949. Esto provocó una cantidad de protestas y reclamos de orden popular y jurídico, que terminaron por motivar un fallido intento de golpe de estado el 2 de abril de 1944, en el que participaron civiles y militares. Tras el fracaso del golpe, el general Martínez desata una escalada represiva hacia sus responsables directos y hacia el pueblo en general, que se prolonga durante las semanas de abril y los primeros días de mayo del mismo año: persecución, cárcel, exilio y fusilamientos. El 28 de abril los estudiantes universitarios dieron inicio a una huelga, que fue tomando carácter nacional, hasta convertirse en un movimiento arrollador, que paralizó al país, y que exigía la renuncia del dictador. Cesó la actividad educativa, comercial y estatal. Se paralizaron las comunicaciones. En un acto desesperado, Hernández Martínez continuó su política de represión, hasta que se produjo el asesinato por parte de la policía, del joven José Wright, estadounidense, hijo de una acaudalada familia residente en El Salvador, en medio de una manifestación, el 7 de mayo de 1944.

Presionado por los Estados Unidos, por este nuevo crimen; asediado por los intereses de la emergente burguesía industrial que veía en su política económica un obstáculo para su desarrollo; y demandado por la lucha y resistencia popular, que se manifestaba en las calles del país, Hernández Martínez comunica su decisión de renunciar el 8 de mayo; el 9 de mayo la huelga ha vencido. Maximiliano Hernández Martínez abandona El Salvador rumbo a Guatemala, el 11 de mayo de 1944. Veintidós años después, el 15 de mayo de

1966, moriría apuñalado salvajemente por su chofer y empleado de servicio en una finca de su propiedad en Jamastrán, Honduras.

Los hechos históricos de abril y mayo de 1944, produjeron el arribo de un cortísimo periodo democrático para la sociedad salvadoreña.

Hernández Martínez depositó tras su renuncia, la presidencia en manos de su Vice-Presidente el general Andrés Ignacio Menéndez, quien reestableció los derechos ciudadanos suprimidos por el dictador, y quien permitió la organización política y social del pueblo. Sin embargo, la maquinaria martinista, sin Martínez, como rostro visible, ejecutó un golpe de estado el 20 de Octubre de 1944, instalando al ex jefe de la policía martinista, el coronel Osmin Aguirre y Salinas, responsable de la masacre conocida como la derrota de Ahuachapán, en diciembre de ese mismo año, cuando cientos de salvadoreños procedentes de la Guatemala revolucionaria, intentaron ingresar por el occidente salvadoreño, para derrocar al nuevo dictador.

Sin embargo, 1944, significó un tramo más en la lucha por la democracia, que continuaría con la rebelión militar de 1948, el golpe de estado al Coronel José María Lemus en 1961, los intentos de la oposición democrática por llegar al poder, en 1972 y 1977, el golpe de estado de 1979, y finalmente el inicio de la guerra civil en 1980, y su finalización, en 1992.

Implicaciones culturales en la memoria histórica

1944 se ha convertido en un referente cargado de gran simbolismo y significación, en la lucha del pueblo salvadoreño por alcanzar una plena vida democrática. Auténtica vida democrática, no restringida -pobremente- a participación electoral, sino a construcción de una sociedad incluyente en lo social, económico y político.

Nos referiremos a dos ejes, que a nuestros ver articulan esta memoria histórica de los sujetos- testigos y sujetos- protagonistas de los hechos de 1944.

Primer eje: el testimonio

Muchos son los testimonios escritos por los protagonistas de 1944, entre un conjunto muy apreciable valoraremos tres discursos: el del coronel Maria-

no Castro Morán, en representación de los militares que conspiraron contra Martínez en abril de 1944; el de la doctora Matilde Elena López, como parte de esa juventud intelectual que animó la lucha antimartinista; el del líder sindical y miembro del Partido Comunista de El Salvador, obrero Miguel Mármol.

Testimonio del Coronel Mariano Castro Morán

En su libro titulado *Relámpagos de Libertad, tomo I*³, el coronel Mariano Castro Morán relata cómo fue su participación en el movimiento animado por compañeros oficiales que le instaron a participar en la conspiración del 2 de abril de 1944: «Un día a mediados de marzo, como a eso de las 20: 00 horas, en una de las glorietas situadas al frente de la fachada principal del Regimiento, sostuve una conversación muy confidencial con el Sub Tte. Roberto Morán López, coordinador del movimiento rebelde para la zona occidental, habiendo hecho de mi conocimiento que se estaba gestando un golpe de Estado para derrocar al Presidente de la República, luego me hizo reflexionar sobre la violación a la Constitución Política, hecha por el Presidente, al prolongar ilegalmente su mandato por un cuarto período. Después me preguntó que cómo quedaba mi juramento de respetar y hacer respetar la Carta Magna aún a costa de mi propia vida, cuando fui investido con el grado de Subteniente de la Fuerza Armada. Le conteste que comprendía muy bien mi responsabilidad, pero que desafortunadamente no podía hacer nada, pues, ‘una sola golondrina no hace verano’, Morán López me respondió que hasta ese momento eran ya varios los oficiales que estaban comprometidos con el movimiento, principalmente los que se encontraban de alta en los regimientos de la capital, que eran los mejor armados. Ante esta situación le ofrecí mi leal participación en la sublevación. Pocos días más tarde, logramos convencer a otros oficiales de nuestros cuartel...»⁴

Testimonio de la doctora Matilde Elena López

La doctora Matilde Elena López (1919), escritora, intelectual y miembro

3. Castro Morán, Mariano, *Relámpagos de libertad*, tomo I. El Salvador: Editorial Lis, 2000.

4. *Ibíd.*, p.122.

de la juventud revolucionaria y literaria de la época, recuerda así los hechos: «El grupo nuestro fue inicialmente un grupo de estudio, un círculo de estudio, gente que estaba interesada por conseguir la literatura marxista. Yo por ejemplo, pasé a máquina el manifiesto (se refiere al Manifiesto Comunista), imagínese cómo sería el sarampión de ese momento, entonces, eso era lo que nos cohesionó.

Éramos gente de letras, gente que estaba escribiendo, ahí estaba Luisito Gallegos, Alfonso Morales, Cristóbal Humberto Ibarra. Estábamos unidos por la idea de las letras, y desde luego unas letras que se sustentaban en compromisos, en las búsquedas ideológicas del momento. Tony Vasilliu llegaba a hablarnos tonterías sobre el amor libre, y nosotros nos quedábamos pensando, ya que era otro nuestro interés: estábamos metidos en un esquema político y todo eso nos estaba sirviendo contra Martínez. Eran los 40, ya para el 44 estábamos comprometidos, apareció el doctor Arturo Romero. Por esa época hubo un congreso y allí hablamos sobre la necesidad de pagarle más a los campesinos, el programa democrático de ese momento lo echamos ahí, el rollo grande. Entonces, Romero, el hombre político estudiado en París, vio que ése era el material que necesitaba. Al poco tiempo él me visitó en mi casa y ya se reunió con nosotros, y a través mío vio el nexa con los círculos que se reunían: Moisés Castro y Morales, Daniel Castaneda, Virgilio Guerra y Miguel Mármol»⁵.

Testimonio del líder sindical y político Miguel Mármol

«...Por otra parte el General nunca se echaba un trago de guaro o de cualquier bebida alcohólica y no se le conocieron nunca queridas ni parrandas. Su esposa era una mujer vulgar, doña Concha, y era el centro de los chistes y anécdotas picantes de aquella época, sobre todo presentada bajo el aspecto de su gran ignorancia. Martínez era un militar al estilo antiguo, salido de las filas y no de la Escuela Militar; zamarro, amargo, bilioso, a quien costaba hacer reír y a quien se temía por sus cóleras incontrolables. Nunca tuvo amigos, sólo aduladores e incondicionales. Tacaño y mezquino, ridículo y antipático,

5. Granados González, Víctor Hugo y Lara Chávez, Álvaro Darío, *El proceso de ruptura literaria (poética) en El Salvador durante el período 1955-1975*, tesis de graduación para optar al título de licenciatura en letras, por la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", 1996, testimonio de Matilde Elena López, p.36.

cuesta creer que haya sido el dictador que más tiempo nos tuvo a los salvadoreños del mero pelo. Pero en realidad, la oligarquía y el imperialismo nunca necesitaron genios brillantes para someter a los pueblos, sino simplemente hijos de puta, sin escrúpulos, desmadrados y capaces de todo. Su espíritu vengativo lo llevó a la ruina en abril y mayo del 44, pues en lugar de maniobrar políticamente sobre la base de una indiscutible victoria militar, se dejó arrastrar de nuevo a la fusilatina, cosa que rebalsó el vaso de la paciencia popular. Entonces no le valieron los médicos invisibles ni su comunicación con los espíritus: los gringos le zafaron la varita, la oligarquía supo que yo no era el mejor instrumento para defender sus intereses y el régimen se vio solo ante el pueblo. La caída de la Martínez marcaría el inicio del derrumbamiento de las dictaduras de Guatemala y Honduras. Sólo Somoza en Nicaragua, sobreviviría a aquella etapa esperanzadora de 1944. El imperialismo norteamericano había logrado desplazar de Centroamérica al imperialismo inglés, francés, alemán, etc., y estaba en la capacidad de imponer nuevos métodos de dominación local. Para el caso de El Salvador, el mantenimiento de la dictadura militar necesitaba un cambio en las personas. Martínez ya no servía más»⁶

ANÁLISIS

La memoria histórica expuesta, presenta como características más elocuentes que merecen comentarse las siguientes:

1. Todas coinciden en calificar de intolerable la dictadura martinista y en señalar la legitimidad del movimiento de abril y mayo de 1944.
2. Los testimonios presentan diferencias en cuanto las ópticas de los sectores y pensamientos que encarnan. Así, el discurso de Castro Morán se inscribe en la óptica del joven militar progresista que pretende salvaguardar el orden constitucional, y las libertades sociales básicas, desde un *modus operandi* signado por la conspiración política; Matilde Elena López, representa la intelectualidad, que desde los ámbitos de la literatura y de la política tiene una lectura de los hechos no sólo política sino humanista, ética y artística; finalmente, Miguel Mármol, personifica al obrero politizado del Partido Comunista de

6. Dalton, Roque, *Miguel Mármol*, EDUCA, Centroamérica, 1982, pp. 481-482.

la época, que hace suyo no sólo el discurso y el accionar político de la circunstancia, sino que devela la salvadoreñidad popular en sus opiniones sobre la personalidad y gobierno del general Martínez. En este sentido, Mármol nos ofrece una visión interesante de la cultura popular salvadoreña.

3. Los tres pasarán –necesariamente– por las amargas experiencias de la persecución y el exilio. Verán y entenderán luego, el país, a distancia, y volverán tarde o temprano a él. De su corpus testimonial, se desprende siempre, como legado de la memoria histórica, su concepción del compromiso revolucionario, de la lucha por los ideales, y de entender 1944, como un peldaño más en la construcción del régimen democrático al que aspiraron siempre, y por el que sacrificaron sus vidas.

Segundo eje: la literatura (poesía)

La dictadura de Hernández Martínez no sólo significó un evidente gobierno que violó sistemáticamente los derechos humanos, volviendo letra muerta el texto constitucional, sino que además impactó gravemente en los ámbitos de la cultura y el arte, al negar condiciones de libertad, indispensable para las manifestaciones de esta índole.

Un rol importante en este contexto, lo desempeñó la censura gubernamental, responsable de la continua fiscalización y control de los medios de comunicación social, y de todo tipo de espectáculos, actividades intelectuales y publicaciones. Por el contrario, el deporte fue estimulado, incluso con la construcción de un estadio nacional en San Salvador; asimismo la proliferación de música de contenido tradicional, popular y romántica, ejecutada preferentemente en marimba, sirvió para exaltar la cultura del mestizaje, con el fin de homogenizar el imaginario de los salvadoreños, reforzando la concepción del «país mestizo»; la educación, militarizada, planificándola bajo criterios castrenses, desplegando presencia (profesores y efectivos militares) en la administración –sobre todo– de centros educativos públicos; una intensa política de controles profilácticos hacia la población; y fuertes medidas migratorias destinadas a impedir el ingreso de extranjeros al país, principalmente, de orientales, afros y palestinos.

Tal escenario fue proclive a la generación de actitudes y modos de relación autoritarias, que vinieron a reforzar una cultura de la violencia, de larga data en El Salvador. La represión, el miedo y la inseguridad se incorporaron en la praxis y en el imaginario cotidiano de las generaciones que vivieron la dictadura.

¿Cómo se formuló esto a nivel de la memoria histórica, mediante el lenguaje de la literatura, específicamente de la poesía? La tradición literaria salvadoreña es reciente, sus signos más evidentes hasta el momento, nos sitúan en el siglo XIX, en fechas posteriores a la independencia. Probablemente es Francisco Gavidia (¿1863? ¿1865?-1955) la piedra angular de la literatura salvadoreña, de donde parten las voces más significativos del siglo XX. Hay que aclarar que la dictadura de Hernández Martínez, la de sus antecesores y la de sus continuadores, encontró siempre en la clase intelectual nacional, para el caso, en personalidades y grupos de escritores y artistas, los intelectuales orgánicos necesarios o los hacedores que imprimieran un rostro humano al régimen. Sin embargo, muchos fueron desafectos a Martínez, para el caso, desde el aparente mutismo o desde la protesta abierta. Dentro del primer grupo se destacan, el escritor y pintor Salvador Salazar Arrué, conocido como Salarrué (1899-1975) y la máxima voz lírica nacional: Claudia Lars (1899-1974).

El primero, publicó en 1933, un año después de la horrorosa matanza, una excelente colección de magistrales cuentos ambientados en lo regionalista, pero con evidentes signos de un realismo social, ampliamente caracterizado por la poesía de lo que luego se conceptualizó como realismo mágico. Nos referimos al texto *Cuentos de Barro*, que luego tiene continuidad, en la obra de Salarrué, en una publicación de 1954, titulada *Trasmallo*.

La segunda, Claudia Lars, es autora de un conjunto considerable de libros de poesía, que mantienen una voz poética inalterada en su calidad a través de los años.

De Claudia Lars, recogemos, dentro de un conjunto de textos de esta naturaleza, su poema *Romance de los héroes sin nombre*, aparecido en el periódico *Opinión Estudiantil*, órgano del estudiantado universitario salvadoreño⁷:

7. Periódico *Opinión Estudiantil*, órgano del estudiantado universitario salvadoreño, El Salvador, 27 de octubre de 1949.

«Yo quiero entrar en la muerte/de balas y de sollozos. Quiero saber lo terrible/para cantarles a todos:/a los que alzaron su grito/definitivo y glorioso;/ a los que juntó el azar/bajo señales y escombros;/a los que mudos cayeron/y ni siquiera conozco;/¡los que no tenían nombre/y casi no tienen rostro...!/ Allí están...son lo más firme/y mejor que hay en nosotros./ Por ellos suelta mi labio/una diana y un responso./Vinieron a la llamada/creyendo que eran tan poco.../resueltos en la esperanza,/tajantes en el estorbo,/y repartiendo la sangre/como se reparte el plomo./¡Abril doliente y vencido!/Diciembre vencido y roto!/Una dulce patria libre/saldrá de aquellos despojos.../ Como se juntan mazorcas/juntaron sus años mozos./¡Qué voces de adiós erguido!/¡Qué camino sin retorno!/ El corazón en el puño,/la mirada en lo remoto,/ contra embestidas y suertes/iban jugando a los toros.../ Descendían las granadas.../ pájaros negros...de sople/amenazantes en el vuelo/ y de agonía en el polvo;/ mientras rencor de metralla,/emponzoñado y sonoro,/con su martillo incesante/golpeaba el viento redondo./Unos llevaban clarines.../Otros, su amor y su arrojo./Tenían voces desnudas/ y no les manchaba el odio./ Y cayeron... bajo el aire/tibio de sol y oloroso./ ¡Herida parva de sueños!/ ¡Amontonado rastrojo!/Voluntarios y solemnes, /uno y mil ...hombro con hombro, /-duermen la noche infinita/bajo tierra de abandono./ En sus pasos silenciados,/en sus desteñidos rostros,/ una bandera invencible/clava sus colores rojos./ Sobre ellos danzan lo lirios/ y los niños y los trompos./Ellos están, resurrectos, /detrás de cada sollozo./ Son el batallón eterno/ que jamás tiene reposo./ Los valientes del pasado/ y los que van con nosotros./Por ellos suelto mi canto,/el que pertenece a todos:/ ¡A los que mudos cayeron/ y ni siquiera conozco!».

Dentro del segundo grupo, el de la protesta abierta, encontramos al poeta Oswaldo Escobar Velado (1918-1961), perteneciente a la llamada generación de la dictadura o generación del 44, él es el más significativo poeta testigo y protagonista de los hechos de abril y mayo de ese año, que escribe un conjunto de textos, ambientados en los trágicos sucesos, dentro de los cuales se destaca por su honda significación para la memoria histórica su poema *Mural de Abril*⁸, escrito una década después de 1944: «A diez años de viento avinagrado,/ de noches sin campanas/ el pueblo se despierta y se da cita;/ establece

8. Escobar Velado, Oswaldo, *Patria Exacta*, UCA-Editores, El Salvador, 1978, pp.190-192.

la luz de su palabra:/ la suprema verdad de lo que encierra,/ el mes de abril,
como fasto de esperanza./ Estoy aquí, pequeño delegado/de la voz popular
ilimitada,/ para cantar los nombres de los héroes del dos de abril;/ vale decir,
para cantar la Patria./ Cantar la Patria es retornar a Ellos./A Ellos, héroes de
maíz y de luna./Altos, como los pinos./Diáfanos, como el agua desnuda./To-
dos como Atlacatl educaron su sangre en las espinas./Forjaron su carácter
en el dolor del pueblo./ El venado les dio la agilidad del héroe/ y el amate,
la bondad de su gesto./Aprendieron de Izalco la eterna rebeldía./ Amaron la
Justicia, como José Simeón Cañas./Fueron simples, sencillos, como el Cura
Delgado./Populares y alegres, como son las guitarras/ Cantar la Patria es re-
cordar al Héroe... Mirarlo por las calles con su ademán sencillo, /vestido de
café...La frase limpia.../ Y aquel amor que tuvo por los oprimidos.../ Cantar
la Patria, es decir: ¡Capitán Piche!/Es retornar a su fusil de luna y a su azul
puntería./Mirarlo en medio del humo y la batalla/ salvar la dignidad que
purifica. /Cantar la Patria es sentir que el viento trae/ entre un rumor de hé-
lices la voz de Mario Villacorta./Cantar la Patria es decirle: 'En esta fecha,/
por valiente, tu pueblo te corona!'/ Decir abril, es hablar de Tito y Marcelino
Calvo/hablar de Marroquín, de Sosa, de Mancía y de Cristales./Hablar de
la encendida lucha/ por la defensa de las libertades./ Decir abril es encender
la rosa./Sentir un viento libre que pasa besando la Bandera./¡Oír más alto el
Himno de la Patria/ y sentirse uno, mucho más hijo de Ella!/ Decir abril es
como henchirse el pecho/ de aire puro y de rumor celeste./ Es oír como suena
la campana./Es comprender la ilimitada muerte./Cantar la Patria es hablar
del Capitán Gavidia/y de su hermano Antonio./Hablar de Alfonso Marín y
del Teniente Chacón./Hablar del Sexto Regimiento y de su Estrella de Oro./Es
hablar de las lomas del Calazo/donde lucharon héroes anónimos./ Decir abril
es hablar de la esperanza./ Soñar un pueblo azul y un niño entretenido./ Es
hablar de la Paz que el hombre quiere/sin vencedores ni vencidos/Hablar de
abril es retornar a Ellos./A sus sangre encendida y levantada./¡A su águila
fecunda/ y a su sortija universal y clara!/ En homenaje a Ellos debe llamarse
abril todo lo grande./Izalco abril y su corona con su abril de fuego./El Lempa
abril y el horizonte abril,/mientras nos llega, ¡abril de nuevo!».

ANÁLISIS

Al establecer un análisis del corpus poético en cuestión, perteneciente a

Claudia Lars y a Oswaldo Escobar Velado, podemos establecer:

1. Desde la especificidad del lenguaje literario, esencialmente metafórico y simbólico, y apropiándose de una estilística pertinente al verso medido y libre, tanto Lars como Escobar Velado darán cuenta de la subjetividad conceptual, emotiva y sensible, alrededor de los hechos de abril y mayo de 1944. De esta manera la literatura, y para el caso la poesía, se convierten en un imprescindible texto de memoria histórica.
2. El tratamiento del personaje pueblo-protagonista que es violentado por la dictadura, aparece en este discurso poético revestido de un carácter de heroicidad y de una dimensión sacrificial y martirial. Ellos son en ese pronombre tan especialmente sonoro de la poesía de Escobar Velado, y de Claudia Lars, lo más paradigmático de la lucha social contra la tiranía. Encarnan todos los valores del héroe épico, testimoniando, señalando y alentando el camino correcto a seguir.
3. La presencia de la utopía social, como una constante en esta poesía, nos sitúa, dentro de las aspiraciones aún no satisfechas por las mayorías populares, que vuelven sus ojos a los protagonistas de los hechos del 44, como claros referentes que inspiran, justifican y validan con su ejemplo, el proceso histórico de la lucha social, convirtiéndolos en íconos del imaginario cultural revolucionario del país, y asimilándolos como elementos identitarios.

Conclusión

1944 representa un pasaje glorioso y doloroso en la memoria histórica salvadoreña. Glorioso porque significó el triunfo popular frente al rostro más visible de un modelo político marcado por la tiranía, la exclusión y la violencia en todo sentido; doloroso porque no produjo la sostenida y necesaria apertura democrática que el país necesitaba y necesita. Sin embargo, al sondear por las rutas del testimonio y de la literatura la llamada gesta del 44, podemos concluir que sólo el conocimiento, análisis, divulgación y valoración de la historia proscrita de nuestros pueblos, puede irnos definiendo el sentido de un «nosotros», cada día más urgente en las nuevas realidades de atropello

y marginación que sufren los sectores mayoritarios de nuestros pueblos. Reivindicar el lenguaje, la cultura, a través de la memoria, es ir construyendo a pasos lentos, pero seguros, la nación a la que todos aspiramos.

Deseamos finalizar, citando las palabras de Salomón Lerner Febres, Ex Presidente de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Perú: «El ejercicio de la memoria histórica es, pues, un primer paso en el largo camino por forjar un proyecto nacional auténticamente inclusivo. Pero éste debe ir de la mano de una formación cívica adecuada que permita que voluntades y conciencias se nutran de un conjunto de tradiciones, valores y costumbres vinculados con el desarrollo de una sociedad civil y un espacio público vigoroso, dentro los cuales la palabra con sentido sirva como auténtico mecanismo de integración social y cultural»⁹

Entiendo que como académicos y miembros de la sociedad civil, ese es nuestro principal propósito: volver más justa e inclusiva la Patria mayor, la Patria que soñó: Simón Bolívar, José Martí, Benito Juárez, Francisco Morazán, César Augusto Sandino, Farabundo Martí, y todos los y las patriotas de esta América que sueña y trabaja por la construcción de una nueva sociedad.

9. Varios autores y autoras, *Memoria Histórica y Cultura de Paz. Experiencias en América Latina*. Perú: Imprenta Gráfica Fina EIRL, 2006, pp. vi.